

Una visita de madrugada.

¡Oh! ¡Muy buenas! ¡Es un placer conocerle! Usted era... ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. No hace falta ni que lo mencione. Le ofrecería algo, pero creo que este no es ni el momento ni el sitio adecuado, ya entiende, ¿no? Bien... Me sentaré aquí, ¿sí? Bien.

Pues aquí estamos. Supondré que está cómodo. Creo que esto le gustará. Por favor, no me mire con esa cara tan extraña de completa desinformación. Estoy aquí para contar una historia. Para hacerle disfrutar. Ya sé que está conmigo por obligación y que a lo mejor lo que vengo a ofrecerle no le interesa, pero seguro que no le decepciona. Confíe en mí.

Supongo que le gustarán las visitas, ¿eh? ¡A todos nos gustan las visitas, qué pamplinas! Es cierto que muchas veces no nos damos cuenta de que nos encantan. No nos damos cuenta de que las necesitamos. Y hay que decir que es algo bastante curioso y gracioso, ya que seguro que cuando menos quiere visitas, estas le llegan sin cesar mientras usted se estresa y se agobia pensando: "¿Por qué no puedo estar solo y tranquilo por un momento?!", ¿verdad?, pero también hay que admitir que cuando no las recibimos, las añoramos. Somos humanos. Al fin y al cabo, necesitamos ese "amor". Eso es indiscutible. Ahora bien, preste atención. Seguro que usted muchas veces desea que alguien le visite, y no deja de proponerle a esa persona que vaya pronto a tocar el timbre a su casa, ¿a qué sí? Y, por mucho que se lo dice, no vuelve a saber nada de ella y no consigue que entre por su puerta. Es cierto que a veces realmente la gente no quiere, pero también es cierto que a veces la gente no puede, ya sea por falta de tiempo o porque simplemente las circunstancias no lo permiten, y eso hay que tenerlo siempre presente. Se preguntará que para qué le cuento esto. Pues bien. Aunque de por sí no sea el tema de la historia que vengo a transmitirle, es algo muy importante que debe saber. Así que, bueno, vamos a comenzar.

Primero presentaremos al personaje. Imagínese un chico de unos diecisiete años, pero sobre todo, imagínesele como quiera. Yo no se lo voy a describir. Quiero que usted sea quien tenga el gusto de realizar esta maravillosa opción.

Por otro lado, este chico tiene una vida normal: estudia, tiene amigos... ¡No se puede quejar, vamos! Y a este chaval las visitas no es que le suelen interesar, más bien pasa de ellas, pero esto no quiere decir que no las necesite. Por algo he comentado lo de antes.

Este chico, un día común, un sábado común, estuvo estudiando, salió con sus amigos y por la noche se despidió de sus padres y se echó a dormir.

Todo transcurrió con normalidad hasta que durante la noche se despertó. Podría decirse que esto no tiene nada de extraño así de primeras, pero es que se despertó directamente de pie en el salón. Tal cual, ahí, quieto, inmóvil, sin ningún tipo de explicación. Las luces y la tele estaban encendidas, esta última sin sonido. En ella se emitía un capítulo de dibujos animados, siendo esto lo primero en lo que se fijó. Durante unos instantes, después de permanecer cerca de la tele sin saber qué pasaba, notó que, por un momento, recordaba algo. Tenía una sensación extraña. Era como si en su mente un pensamiento intentara darse a la luz, aunque eso solo le causaba un extraño sentimiento indescriptible. Era como la sensación de tener algo en la punta de la lengua, pero esta vez al borde del cerebro. No sabía si era pena, alegría, nervios o simplemente temor. Durante un tiempo luchó por conseguir alcanzar esa visión, pero ya cansado, comenzó a caminar por la casa intentando descubrir qué ocurría. Primero fue a los dormitorios, en los cuales todas las luces estaban encendidas, pero no había nadie. Esto hizo que se pusiera nervioso y que incluso sudara. Intentó calmarse respirando hondo. Le costó mucho y ese extraño sentimiento no ayudaba. Además, sus sentidos permanecían nublados. Seguía como adormecido. Veía borroso a veces y le costaba distinguir objetos. Y no, no bebió nada la noche anterior, así que no penséis cosas que no haya que pensar, que os conozco, pillines. Es más, no bebía. Ni siquiera había probado el alcohol. Simplemente no encontraba ninguna explicación.

Poco después, algo más tranquilo, decidió irse a la cama. Puede que tal vez fuera una opción. A lo mejor dormirse le llevaría de vuelta a la normalidad. Entró en su habitación, cómo no, encendida, y probó a apagar la luz, las cuales no respondían. Eso le dio algo de miedo. Bastante miedo. ¡Vamos, que se cagó encima! Gracias a esto, comenzó a acelerarse de nuevo, pero volvió a

coger aire e intentó respirar con normalidad. Después, se metió en la cama, se arropó con todo, e intentaba que la luz no le molestase. Lo intentaba. Al fin y al cabo, aquella situación era estresante.

Lo peor de aquello no era estar solo en casa, sin poder apagar las luces y habiéndose levantado en mitad del salón, sino que lo peor era el silencio. Era desconcertante. No sonaba nada, ni siquiera los típicos relojes de las películas. Ni siquiera su respiración. Ni siquiera el movimiento de la colcha cuando se giraba sin parar sobre sí mismo al no poder dormir. Esto supuso el susto más grande de su vida. El momento en el que el corazón se le paró pidiendo que no fuera real. No podía oír. Estaba sordo. Comenzó a coger cosas y a golpearlas, y puso música a todo volumen. Ahora supo por qué era un silencio tan inmune. Tan inalterable. Tras un buen rato, harto, decidió ir al salón en busca de algo sobre aquellas circunstancias que llegaban al extremo de aterrarle. Al llegar, comprobó que la tele seguía encendida. Pensó que podría ser a lo mejor alguna pista. Se puso delante de ella e intentó apagarla. No lo conseguía, no podía. Probó incluso a desenchufarla, y al ver que tras esto aún seguía emitiendo, estuvo a punto de desmayarse del pánico que, por unos instantes, le recorrió el cuerpo entero de arriba a abajo. Ni siquiera sabe por qué no gritó. Ya desesperado, se sentó en el sofá a verla. Tras unos minutos, vio que no había nada raro, los dibujos animados transcurrían con normalidad en ese peculiar silencio. En ese silencio absoluto. El chico no podía dejar de mirar alrededor. Se sentía observado y presionado. Le parecía ver cosas moviéndose, pero por lo que comprobaba, eran imaginaciones suyas. El miedo estaría trastornándolo. Incluso pensó que aquello acabaría matándolo.

Todavía la sensación de ese extraño recuerdo que quería brotar continuaba, pero ya lo ignoraba. Llegó tal punto en el que solo esperaba al sueño. Intentó dormirse en el sofá. No pudo. Intentó caminar para cansarse y volver a probar de nuevo. No lo consiguió. Estuvo saltando sin parar dando vueltas hasta caer redondo del mareo y aun así no funcionaba. Al final, acabó de rodillas frente a la gran televisión, desesperado por la situación en la que se encontraba. Pensaba incluso si se había atrapado en otra dimensión. Pensaba cosas en busca de alguna explicación. De repente oyó unas llaves. La puerta de la calle se abrió.

Al principio el susto fue inmenso. Oír el primer sonido como tal, después de horas sin escuchar nada, supuso un despertar en su mente enorme, pues le alivió el mayor de sus temores. Un despertar tan grande, que el recuerdo que tanto luchaba por salir, se dejó mostrar, pero antes de poder pensar en ello, se fijó por completo en la entrada. Se fijó por completo en aquello que tanto le aliviaba.

Era su padre. Por lo que parecía venía de trabajar. Nada más verlo sintió un sentimiento enorme de alegría y tristeza. Se quedó quieto, inmutable. Su padre dijo algo sobre los dibujos animados, como si contara una anéctoda de su pasado, la cual el chico no consiguió recordar después, pero que le hizo sonreír en aquel instante. Se dio cuenta de que, aunque escuchaba, no eran sonidos claros, eran sonidos taponados. Lo ignoró. Salió disparado de repente hasta que, lleno de lágrimas, abrazó con gran intensidad a su padre mientras le decía lo mucho que le quería y lo tanto que le había echado de menos. Ese abrazo le supo a gloria. Lo sintió más que real. Le llenó por completo. Su padre reflejaba un rostro de emoción y alegría. Entendía la situación. Él sí lo entendía todo. Pasaron segundos, segundos de plena felicidad, pero, de repente, su padre le apartó y le comunicó que debía irse ya. No podía estar más. El chico no entendía nada. Esa era su casa y teóricamente venía de trabajar. "¿Por qué te tienes que ir?!", gritó, oyéndose como lejano. Oyéndose como si hubiera un gran eco. El chico lloraba, no podía parar, pero su padre, agarrándolo por los hombros, con una gran sonrisa, le dijo que le quería y rápidamente se giró, abrió la puerta y salió sin dar al chico tiempo de reacción. Este hizo todo lo posible por abrir la puerta, pero estaba completamente cerrada. No dejaba de llorar. Se dio la vuelta y anduvo con la cabeza baja y los puños cerrados hasta la tele. Cuando se calmó un poco, tras un par de minutos, se fijó en que ahora el televisor se encontraba apagado, y comprobó algo que le asustó muchísimo, aún más que todo lo anterior. Era un niño. Era él de niño. No se había fijado. Su estatura era menor, su voz más aguda. Tal vez tenía once años. Lo dejó en shock por poco tiempo, pues el recuerdo que tanto intentó escapar abarcó toda su mente y, por fin, por mucho que no supiera si era real, sentía y recordaba que su madre había hecho exactamente lo mismo que acababa de pasar. Permaneció quieto, sorprendido.

Intentando comprender aquella alocada situación, hasta que, poco después, todo se volvió negro. Todo desapareció.

Se despertó por la mañana, en su cama. Todo era normal. No había señales de lo ocurrido durante la madrugada, y cuando se levantó se acordó de algo que le permitió comprender todo. Algo que activó su corazón.

Desayunó como un rayo, se vistió como la luz y corriendo sin parar cogió el bus. Se arrepintió de no haber podido coger una cosa, pero ya no importaba. Solo quería llegar. Pasaron veinte minutos para cuando el vehículo llegó a la parada. El chico se bajó y su corazón se aceleró. Quería llegar cuanto antes. Quería hacer lo mismo por su parte. Corrió sin parar, haciendo pausas para caminar cuando el aliento le faltaba. Siguió corriendo mientras veía a los coches pasar, y sin parar ni una vez más llegó a donde tanto ansiaba. Entró, viendo como muchos otros más lo hacían. Siguió el camino que tanto conocía y hasta de pasillo se llegó a equivocar. Cuando alcanzó su meta. Sintió su corazón pararse. Sintió de nuevo ese silencio peculiar de la noche anterior, un silencio planeado, un silencio construido. Un silencio por y para los sentimientos. Un silencio por el que se mueven los besos más olvidados, aquellos que se vuelven más tiernos. Cuando llegó, se puso en frente, como si de la tele en la noche pasada se tratara, y felicitó a sus visitantes nocturnos un cumpleaños y el día del padre mientras un abrazo les aportaba. No pudo evitar comprender todo. No pudo evitar pensar en lo que siempre pidió y que de una vez por todas se cumplió. Era un día, para muchos tristes, pero para él era feliz. Le habían regalado el momento que más ansiaba y no había parado de pedir. Ahora era cuando de verdad se arrepentía de no haber traído la rosa. Simplemente se sentó en la piedra con la mirada perdida, con el alma consolada, y les agradeció después de tantos años, aquella visita de madrugada.